La campana del mercado cerrado

Texto original · Shyvirelle

La primera campanada sonó cuando el mercado llevaba casi media hora cerrado. La segunda llegó quince minutos después, justo cuando Ricardo Aguirre comenzó a gritar que alguien había robado una caja de documentos del puesto 47.

A la mañana siguiente, Ismael fue a revisar el reloj de la torre. Reparaba relojes antiguos y conocía aquel mecanismo desde antes de que sustituyeran las jaulas de gallinas por una pequeña cafetería. Sobre su mesa lo esperaba una nota del administrador:

«Primera campana, 18:57. Segunda, 19:12. Nuevo cierre: 18:30. Averiguar quién alteró el reloj».

—No me preocupa la campana —le dijo Ricardo al verlo—. Me preocupa la caja. Si alguien pudo entrar después del cierre, nadie tiene segura su mercancía.

El puesto 47 tenía la persiana subida a medias y estaba vacío: dos estantes, una bombilla sin pantalla y la marca pálida de un cartel retirado. Ricardo aseguraba que aún era suyo. Catalina, vendedora de telas del puesto contiguo, lo miró de reojo, pero no lo contradijo delante del administrador.

—¿Qué contenía la caja? —preguntó Ismael.

—Contratos, recibos, papeles de la propiedad. Todo lo importante.

—¿Cuándo la vio por última vez?

Ricardo señaló una repisa limpia.

—Ahí estuvo siempre. Anoche, cuando sonó la segunda campanada, ya no estaba.

Ismael apuntó esas palabras. No eran la respuesta a su pregunta.

Subió los escalones de la torre con una linterna. El reloj tenía dos discos: uno marcaba las horas y otro movía el martillo de la campana. En este último había un añadido de latón, una rueda pequeña con doce dientes que obligaba al martillo a recorrer un intervalo suplementario antes de golpear. No era reciente; el metal estaba oscurecido por el aceite viejo.

En el libro de mantenimiento encontró una anotación del año anterior: «Martillo reparado. Nuevo retorno: doce minutos». Había debajo una firma que reconoció como la de un relojero jubilado.

La rueda no hacía que el reloj diera mal la hora. Retrasaba doce minutos cada aviso. El disco seguía programado para emitir el aviso de cuarto de hora a las 18:45 y el del cierre a las 19:00. Por eso las campanadas reales se producían a las 18:57 y a las 19:12.

Tres semanas antes, el mercado había adelantado su cierre a las 18:30 para reparar la instalación eléctrica. Nadie había cambiado el programa del reloj. Las campanas seguían anunciando el horario antiguo, y además lo hacían tarde.

Ismael bajó con dos horarios escritos en una tarjeta. El reloj no indicaba cuándo podía entrar alguien; solo indicaba cuándo había previsto sonar una máquina.

—Entonces el ladrón pudo aprovechar esos cuarenta y dos minutos —dijo Ricardo.

—También pudieron aprovecharlos personas con llave —respondió Ismael—. El cierre de las puertas fue a las seis y media. Eso sí consta en el registro del vigilante.

Catalina levantó una mano desde su puesto.

—Yo compré algo ayer después del cierre.

El administrador la miró con severidad.

—¿Entró un cliente?

—No. Se me quedó sin tornillos la máquina de coser del toldo. Estaba guardándola cuando vi luz en el cuarenta y siete. Ricardo tenía un cajón abierto y me vendió dos tornillos de repuesto. Le pagué con el teléfono.

Mostró el comprobante: 19:04, puesto 47. No era una fotografía de un reloj, ni un recuerdo borroso del sonido de una campana. El pago tenía una hora registrada fuera del mercado.

Ricardo se encogió de hombros.

—Volví por mis herramientas. Tengo llave.

—Eso explica que estuvieras allí —dijo Ismael—. No explica por qué no dijiste que habías vuelto.

La tarjeta de Ismael quedó sobre el mostrador:

«18:30, puertas cerradas. 18:57, primera campana. 19:04, venta de tornillos. 19:12, segunda campana y denuncia».

Siete minutos después de la primera campanada, Ricardo estaba en el puesto que llamaba suyo. Pero Ismael no quería convertir una mentira en prueba de un robo. Necesitaba saber si la caja había estado allí aquella noche.

Pidió hablar con Clara Villalba, la mujer que figuraba en el registro interno del mercado como responsable de la reforma del puesto 47. El administrador dijo que aún no se había terminado de actualizar el cartel de la entrada. Ricardo había pedido aplazarlo hasta el final del mes.

Clara llegó con botas de obra y una carpeta doblada. Antes de que Ismael terminara su pregunta, contestó:

—La caja de madera está en mi casa. La llevé allí el día dos del mes pasado.

Sacó una foto del carrito de reparto en el que la habían transportado y un recibo firmado por la empresa de mudanzas. La caja, reconocible por una esquina reparada con una placa de hierro, había sido retirada antes de que cambiaran el horario. Clara la había comprado junto con el mobiliario cuando adquirió el negocio del puesto. Pensaba abrir una tienda de conservas, pero faltaban permisos de obra y la persiana seguía medio levantada.

—¿Qué contratos hay dentro? —preguntó el administrador.

—El de compraventa y los justificantes de la antigua actividad. Le ofrecí a Ricardo copias, pero me pidió que no contara todavía lo de la venta. Dijo que se lo explicaría él mismo a su familia.

Ricardo dejó de mirar el reloj.

La historia empezó a ordenarse. Ricardo había vendido el puesto dos meses antes para saldar una deuda. No se lo había contado a su hermana, con quien compartía un almacén, y aún recibía las llaves de proveedores que lo conocían. Cuando vio que Clara iba a colocar su nombre sobre la puerta, intentó convencerla de deshacer la operación. Ella se negó.

—Si aquí faltaban los papeles —dijo Ricardo, casi sin voz—, el comité habría tenido que escucharme antes de entregarle el puesto definitivamente.

—La entrega ya estaba acordada —replicó Clara—. Tus dudas no vuelven a venderme lo que ya compré.

No había existido una caja robada aquella noche. Había existido una caja trasladada semanas atrás y una denuncia inventada para presentar a Clara como una compradora descuidada. Ricardo esperaba que la sospecha y el escándalo la hicieran desistir, de modo que él pudiera recuperar el local sin explicar a los suyos que lo había vendido.

Catalina cerró el cajón de su mostrador.

—Si querías el puesto, podías decirlo. A mí me vendiste tornillos y me hiciste creer que estaba ayudando a encontrar un ladrón.

Ricardo le devolvió el dinero de la compra. Clara no aceptó ninguna propuesta de devolver el local. El administrador tomó nota de la denuncia falsa y anunció que aclararía la situación del puesto por los cauces correspondientes. Nadie llamó robo a lo que ya estaba probado que no lo era.

Ismael volvió a la torre con su caja de herramientas. Antes de tocar el mecanismo, escribió en el libro dos instrucciones separadas: retirar el retraso de doce minutos para que el martillo respondiera a la hora prevista; programar los avisos conforme al cierre de las 18:30. Hacer solo una de las dos cosas habría dejado el problema a medias.

Cuando terminó, la campana dio una única señal de prueba. Sonó clara sobre los toldos vacíos.

Catalina, desde abajo, levantó la cabeza.

—¿Ahora sí es la hora correcta?

—Es una hora comprobable —respondió Ismael.

Aquella tarde, al bajar la persiana del 47, Clara colocó por fin un cartel con su nombre. En la repisa donde Ricardo decía haber guardado la caja puso un reloj pequeño que adelantaba dos minutos.

No quiso arreglarlo todavía. Le bastaba con saber cuánto se equivocaba.